



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tlfs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tlf. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/. Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tlf. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tlfs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELEFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.lv@la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

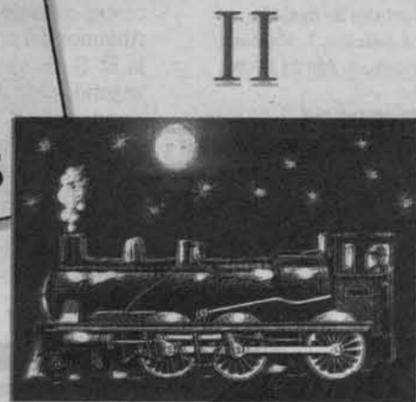
TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



I
■ Tontos, los antiguos, llamando «excusado» a cierto cuarto familiar, más o menos retirado, a sabiendas de que, leyes de la naturaleza por medio, quien más a quien menos a diario había de contar con su uso. ¿A qué, entonces, andarse por las ramas de la finura estomagante, «excusándose» de la existencia del retrete?

En verdad, otros tiempos eran aquellos, así como más estrechos y deslucidos. Claro es que días hubieron en los que no contaba el vecindario con la valiosa colaboración de la hoy llamada, a saber por qué, «caja tonta», por unos; «tebasura», por otros. Los hay con coña, ¿eh? Así, sin la madre-tele, andaba el universo: la lagarterana, vestida siempre de lagarterana, sin enterarse de lo que es una «top model»; el sereno, llavero en mano, guardando la calle; el cura, embutido en su sotana, tal un personaje de zarzuela. Y el tema del retrete o «excusado» se nos va de la mano, cuando ahora lo que viste —es un decir—, es defecar a la vista del público, por medio la pantalla televisiva, valga el ejemplo de la señorita que, bragas abajo, exalta la fibra funcional, estampa impensable entre los antiguos, tan aburridos ellos que tuvieron que inventar la tertulia del café de la tarde, sin televisor los pobres, tal el que hoy dispone todo españolito, atento a la pantalla, sin pestañear, tanto que el que suscribe conoce a un señor que, forofos de los telediaros, de las películas y las retransmisiones deportivas, se enteró de la muerte de su suegro, de veras sentida, por la inserción de una esquela en el periódico.

Gusto da, oiga, alcanzar a las familias, unidas por el televisor, atendiendo al chiste con pedorretas del caricato de turno o a la ilustrativa plática de la sexóloga de la media tarde. Lo dicho: que otro gallo les hubiese cantado a los antiguos con la posesión de un televisor, pobrecitos nuestros condenados al aburrido guateque, al disco dedicado y al «nodo», y encima sin saber traducir el virus «I love you».



II
■ ¿En qué oculto rincón del pasado, en qué galaxia desconocida se archivan los silbidos —pitidos se decía— de aquellas viejas locomotoras, más o menos románticas, poniéndole sonido a la película muda de una noche en el tren?

III
■ En el olor a libros baratos de su despacho o cuarto de trabajo se conocía la mediocridad de aquel escritor.

IV
■ Que no hay nada nuevo bajo el sol de antiguo se sabe: el peinado de Antonio Banderas, haciendo furor de un tiempo a esta parte en la peluquería masculina, ya lo había usado «in illo tempore» Marlon Brando en su «Julio César», de Makiewicz, por lo visto copiado a su vez de nuestro filósofo Balmes, estampado en los viejos billetes de Banco.



V
■ Cualquier esquina callejera que se precie demanda siempre uno de esos típicos faroles a la pared asidos. De ahí, el gusto de los alcaldes clásicos ordenando su proliferación a la que, puestos a cumplir y forofos del costumbrismo, seguro que más de uno de aquéllos solicita bajo el farol la presencia de Felipe y Mari-Pepa y, hasta si se terciara, la de don Hilarión acompañado de Casta y Susana, sus dos chulapas.

VI
■ Con mi jubilación pudo cumplirse el sueño dorado de mi mujer y por supuesto mi ambiciosa apatencia: cambiar el pueblo por la capital.

—Con sólo salir a la calle en la capital —afirmaba mi señora, cada vez que podía y podía siempre—, tienes ya asegurado el entretenimiento con el lujo de los escaparates, la animación de los transeúntes, los bares y cafeterías y, además, ya se sabe, nada menos que las llamadas «grandes superficies», con sus escaleras mecánicas.

Aficionada a tales medios de sube y baja, no me valieron consejos y lecciones, pues no habrían transcurrido aún dos meses de nuestra feliz estancia en la capital con sus venturas y ventajas, cuando mi santa esposa, cual pelota de goma, botando de escalón en escalón, rodaba por una de las consabidas escaleras mecánicas de unos atractivos «grandes almacenes»: doloroso percance que, a la larga, más bien corta, la verdad, por medio inéditos problemas cardíacos, vino a costarle la misma existencia, causa de mi molesta depresión personal que coronó mi estancia en la capital, ya para mí del todo perdida la suma de sus atractivos y encantos. Entendí entonces que sólo un grave error había constituido a la postre el cambio de mi querido pueblo por la capital. Sumido así en la más triste depresión,



El minicuento de urgencia

La depresión

decía, y en manos de la medicina, en soledades bañado, comencé a echar de menos a los amigos pueblerinos, a las partidas de dominó en el casino, a las veladas de teatro interpretadas por los aficionados locales, al fútbol de los domingos y a un largo etcétera que acabó por empujarme al oportuno regreso, ay, a mi pueblo del alma.

Con mi depresión al hombro, respirando el aire puro de mi tierra natal, quiso el destino y sólo el destino que la primera persona que me saludó un tantico emocionada al regresar al pueblo fuese Vicentina, alias «la Gorda», cariñoso mote otorgado en justicia por su abundancia de kilos, eso sí, con entera perfección colocados en su atractiva anatomía.

—¿Todavía te acuerdas de mí, Vicentina?
 —Al primer novio nunca se le olvida del todo.

¿Fue una premonición, un palpito corazonal, aquella sana alegría que me proporcionó el encuentro con Vicentina, soltera, todavía de buen ver? Sólo puedo decir que una inédita emoción me vino a calar sangre y huesos, de tal modo que hoy puedo terminar estas letras anunciando a mis amigos mi próximo enlace matrimonial con Vicentina, alias «la Gorda», para fines de este mismo mes, mayo florido y hermoso que se dice, mes vencedor de todos los entuertos e inconveniencias, y, por supuesto, de todas las depresiones.

VI

■ Gozando de la presencia del impresionante paisaje, en plácida excursión, caminaba el feliz matrimonio.

—Anda, Paco, comprueba la intensidad del eco, de cuya perfección todos se hacen lenguas.

—¿Qué digo, cariño?

—Cualquier palabra que a tí se te ocurra.

—¡Cornudoooo!

Respondió el eco, ciertamente con una total musicalidad de diseño:

—Tu padreeee!



VI'

■ Con flores de papel engalanó la primavera los hierros de la reja del preso mariquita.

VIII

■ —Y si la suerte acompaña a este recién inventado deporte llamado «football», se asegura que, por partido, cada jugador percibirá un día sus buenos veinte duros.